

El abuelo de la gorra

Querido abuelo Julio:

El abuelo Julio por fin se fue con «su Delfina», a la que tanto echaba de menos; tanto que siempre que decía su nombre se le llenaban los ojos de lágrimas. Era una fría tarde de febrero, en silencio, tal y como siempre vivió.

Estaba nevando, que era de las cosas que más feliz le hacían y le recordaba a su tan añorada Masegosa, donde quiso ir a darse su último paseo, entre la nieve, con todos sus familiares, amigos y vecinos... que le querían.

Siempre quedará en nuestra memoria el recuerdo de las llegadas al pueblo. Nos bajábamos corriendo del coche y entrábamos al portal de su casa gritando: «¡¡¡¡Abueeeeeeeelo!!!!», y él se reía mucho; y no es que fuese un hombre especialmente divertido, pero la llegada de los niños alegra cualquier corazón y llena cualquier hueco de silencio.

Y nos contaba sus hazañas en el monte, con su grupo de «la broza», sus compañeros de trabajo. Siempre citaba refranes de todo lo que estuviésemos haciendo en ese momento, como por ejemplo en una comida familiar en la cual siempre traía algo de comer que había comprado «por si acaso...», elogiaba a la cocinera y finalizaba la reunión con la frase: «todo está buenísimo, pero



El abuelo Juan.

**Estaba nevando,
que era de las
cosas que más
feliz le hacían...**

el vinillo me digas...».

Tenía un carácter silencioso que le hacía parecer serio o distraído, pero era sencillamente así. Si hubiese vivido en otra época o en otras circunstancias hubiese sido escritor, poeta o por lo menos lo hubiese intentado, porque era en lo que empleaba la mayor parte de su tiempo, que es tanto en un pueblo tan pequeño y con un invierno tan largo. Deseaba recopilar sus escritos y al final tenía tantos y tan cuidadosamente dedicados...

Sólo queríamos dedicarle unas palabras, que es lo único que no queda en el olvido, para que nuestros hijos tengan siempre el recuerdo del «abuelo de la gorra».

Raúl, Álvaro y Juan.



Su añorada Masegosa.